



DESTINOS CRUZADOS. LÍDERES GUERRILLEROS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN LA RIBERA DEL DUERO: EL EMPECINADO, EL CURA MERINO Y SU POSTERIOR EVOLUCIÓN POLÍTICA. José Luis Hernando Garrido



Es obligado hacer constar que gran parte de la información disponible sobre dos de los guerrilleros que hollaron tierras arandinas: Juan Martín Díez, *El Empecinado*, y Jerónimo Merino Cob, el cura de Villoviado, no está contrastada.

Pesa mucho, demasiado, el peso literario y los coloristas relatos novelados debidos a las plumas de Benito Pérez Galdós, Pío Baroja, Hardman (el combatiente británico cuyo relato prologó Gregorio Marañón), Pedro Laín Entralgo, Pedro Álvarez o Eduardo de Ontañón<sup>1</sup>. Existe además un fuerte componente ideológico en los textos que sobre ellos han sido redactados, lo cual va en detrimento inmisericorde de la deseable imparcialidad.

Juan Martín y Jerónimo Merino son figuras contradictorias, aborrecidas y amadas, coreadas y envilecidas, difíciles de biografíar, pues con inmediatez surgen todos los componentes del mito adheridos a la máscara del héroe.



Francisco de Goya y Lucientes. "Juan Martín Díaz, *El Empecinado*" (1809). Óleo sobre lienzo, 0,84 x 0,65 m. Colección del Instituto Aino Gakuin (Osaka). Depositado en el Museo Nacional de Bellas Artes Occidentales de Tokio (Japón).

<sup>1</sup> Más allá del texto galdosiano (*Juan Martín el Empecinado*, "Episodios Nacionales, 9. Primera Serie", Madrid, Alianza "BA, 0309", 2002) y los relatos de Baroja sobre el conspirador Eugenio de Avinareta e Ibargoyen (*Avinareta o la vida de un conspirador, Los recursos de la astucia o El escuadrón del brigante*), deberíamos anotar como fuentes el anónimo *Apuntes de la vida y hechos militares del brigadier Don Juan Martín Díez, El Empecinado, por un admirador suyo* de 1814, el texto de Frederick HARDMAN, *El "Empecinado" visto por un inglés*, traducción y prólogo de Gregorio Marañón, Madrid, 1973; Pedro ÁLVAREZ, *Juan Martín Díez, "El Empecinado"*, Madrid, 1951; Florentino ZAMORA LUCAS, *La Villa de Roa. Su historia, su colegiata, varones ilustres*, Madrid, 1965. pp. 577-580; Nicolás HORTA RODRÍGUEZ, "La guerrilla del cura Merino", *Revista de Historia Militar*, n° 25 (1968), pp. 41-63; Florentino HERNÁNDEZ GIRBAL, *Juan Martín Díez, El Empecinado. Terror de los franceses*, Madrid, 1985; Pedro LAÍN ENTRALGO, *Tan sólo hombres. Las voces y las máscaras. Judit 44, A la luz de Marte, El Empecinado*, Madrid, 1991; Sebastián LAZO, *Memorias del alcalde de Roa. Don Gregorio González Arranz (1788-1840)*, Burgos, 1995 (Madrid, 1935); Mateo MARTÍNEZ, *El Empecinado*, "Vallisoletanos, 23", Valladolid, 1985; Ignacio MALUMBRES, *Historia política del cura Merino: escrita en francés y traducida al español por...*, Zaragoza, Imprenta de M. Heras, 1836; M. MORENO ALONSO, "Mito y tragedia del Empecinado", *Historia 16*, n° 185 (1991), pp. 31-53; Enrique RODRÍGUEZ-SOLIS, *El primer guerrillero: Juan Martín, el Empecinado. Narración histórica*, Madrid, La Última Moda, 1898; id., *Los guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia (tomo primero)*, Folletín de ABC, Madrid, [1887], pp. 171-180, 238-246 y 506-519; Próspero MARCO, *El cura Merino, 1808 à 1813: memorias de un contemporáneo*, Madrid, La Última Moda, 1899; Eduardo DE ONTAÑÓN, *El cura Merino, su vida en folletín*, Madrid, 1933; José María CODÓN FERNÁNDEZ, *Biografía y crónica del cura Merino*, Burgos, 1986.

Cuando durante la posguerra española surgieron las partidas de guerrilleros antifranquistas dispuestas a combatir al régimen a la desesperada, empleando la lucha armada, los atracos, los sabotajes y hasta el secuestro, las autoridades policiales hablaban de bandoleros y contrabandistas, de criminales y bandidos. Con la llegada de la democracia se ha empezado a investigar con seriedad el papel que aquellos grupos de opositores a la fuerza jugaron contra los triunfadores de la cruenta guerra civil, han dejado de ser asesinos y alimañas porque ahora sabemos que para muchos de ellos aquella vida errabunda y clandestina era la única forma de poder sobrevivir, y de paso, ser absolutamente consecuentes con sus ideas mientras el fascismo iba siendo derrotado en los campos de batalla de media Europa.

Pero entre el *maquisard* francés de la Segunda Guerra Mundial, donde, por cierto, proliferaron los más fogueados voluntarios españoles, o el maquis de la posguerra española y la guerrilla de la Guerra de la Independencia hay abismales diferencias, sobre todo emanadas del apoyo prestado por autoridades y beligerantes<sup>2</sup>.

La guerrilla hispana de la Guerra de la Independencia llegó a disponer de hasta 30.000 efectivos agrupados en partidas de muy diferentes tamaños, desde las de Espoz y Mina o *El Empecinado*, que agrupaban a miles de hombres, a las que apenas aglutinaban unas docenas de individuos perfectamente adheridos al terreno, estrategia bélica que permitió mitigar la ineficacia del ejército regular y consiguió notables éxitos. La célebre frase de Wellington: "Cuanto más terreno tienen los franceses, más débiles son en cualquier punto determinado"<sup>3</sup>, se hacía clarividente ante el imprevisible acoso guerrillero. De ahí que muchas unidades hispanas ejercieran un tipo de guerra volante destinada a controlar el territorio pero no a ocuparlo, una actividad de husmeo espacial no concentrado que pudiera permitir pequeñas victorias en las vanguardias y retaguardias del ejército francés, hostigando sus correos, vituallas, ganados, armas y municiones y en especial carros y caballos.

El ejército galo distraía muchos de sus efectivos en perseguir a partidas que se camuflaban a la perfección, contando con el apoyo lugareño concretado en guías e informantes. Jugaban la baza del escaso conocimiento que de la topografía local

<sup>2</sup> Vid. Charles ESDAILE, "Heroes or villains?. The Spanish Guerrillas in the Peninsular War", *History Today*, XXXVIII (1988), pp. 29-35; id., "Heroes or villains" revisited: fresh thoughts on the Guerrilla", en *II Seminario Internacional sobre la Guerra de la Independencia*, Madrid, 1994. Madrid, 1996. pp. 191-210. Sobre las guerrillas vid. además Miguel ARTOLA, "La guerra de guerrillas", *Revista de Occidente*, 10 (1964), pp. 12-43; J.-R. AYMES, "La guérilla dans la lutte espagnole pour l'indépendance (1808-1814): amorce d'une théorie et avatars d'une pratique", *Bulletin Hispanique*, LXXVIII (1976), pp. 325-349; Francisco MIRANDA, *La guerrilla en la Guerra de la Independencia*, Pamplona, 1982; Nicolás HORTA RODRÍGUEZ, "Legislación guerrillera en la España invadida (1808-1914)", *Revue Internationale d'Histoire Militaire*, 56 (1984), pp. 157-194; Santiago SÁIZ BAYO, "El levantamiento guerrillero en la Guerra de la Independencia", *Revista de Historia Militar*, 65 (1988), pp. 102 y ss.; Celso ALMUIÑA, "Formas de resistencia frente a los franceses. El concepto de guerra total", en *Repercusiones de la Revolución Francesa en España. Actas del Congreso Internacional*, Madrid, 1989, Madrid, 1990. pp. 453-471; Jean-Louis REYNAUD, *Contre-guérilla en Espagne (1810-1814)*, París, 1992; Antonio J. CARRASCO ÁLVAREZ, "Colaboración y conflicto en la España antinapoleónica (1808-1814)", *Spagna Contemporanea*, 9 (1996), pp. 7-43; M<sup>a</sup> V. LÓPEZ-CORDÓN, "La metamorfosis del bandido: de delincuente a guerrillero", *Spagna Contemporanea*, n<sup>o</sup> 12 (1997), pp. 7-22; Jorge SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, *¡Nos invaden!. Guerrilla y represión en Valladolid durante la Guerra de la Independencia española. 1808-1814*, Valladolid, 2000; Vittorio SCOTTI DOUGLAS, "Spagna 1808: la genesi della guerriglia moderna", *Spagna Contemporanea*, 18 (2000), pp. 9-31 y 20 (2001), pp. 73-167; Mateo MARTÍNEZ, "Los guerrilleros y la Guerra de la Independencia. Conciencia nacional y voluntad de defensa", en *Jerma y el Valle del Arlanza. Historia, cultura y arte*, Burgos, 2001. pp. 121-141; Félix CASTRILLEJO IBÁÑEZ, "La crisis del Antiguo Régimen en Burgos", en *Historia de Burgos. IV. Edad Contemporánea (1)*, pp. 70-75; Ramón GUIRAO LARRAÑAGA, *Guerrilleros y patriotas en el Alto Aragón (Guerra de la Independencia)*, Huesca, 2000; Pedro PASCUAL, *Curas y frailes guerrilleros en la Guerra de la Independencia: las partidas de cruzada, reglamentadas por el carmelita zaragozano P. Manuel Traggia*, Zaragoza, 2000; Lluís ROURA I AULINAS, "Guerra pequeña y formas de movilización armada en la Guerra de la Independencia", en *La Guerra de la Independencia. Estudios*, ed. de José A. Armillas Vicente, Zaragoza, 2001, vol. I, pp. 65-93; Ronald FRASER "Identidades sociales desconocidas. Las guerrillas españolas en la Guerra de la Independencia, 1808-1814", *Historia Social*, 46 (2003), pp. 3-23.

<sup>3</sup> Raymond CARR, *España. 1808-1975*, Barcelona, 1992. p. 116.

poseían los franceses, distanciándoles de los campos de batalla en campo abierto donde era impensable hacerles frente. Si existía refriega favorable a la guerrilla, *El Empecinado* se jactaba de no haber dejado nunca un muerto sobre el campo de batalla, la economía de acción resultaba indispensable para planificar futuras lides.

Pero es evidente que desde fines del siglo XVIII, los habitantes de muchas zonas rurales desprotegidas se habían ido acostumbrando a defender sus casas, ganados y enseres frente a la actividad en auge de bandoleros, salteadores de caminos, contrabandistas y ladrones. El uso de las armas de fuego se había hecho extensivo a gentes empeñadas en no dejarse amilanar y habían empezado a surgir fuerzas civiles armadas (escopeteros voluntarios, miñones, fusileros, miqueletes o somatenes) organizadas en unidades regularmente entrenadas. Afirmaba Fraser que al inicio de la guerra la línea entre bandido salteador de caminos y patriota era muy delgada.

Con el tiempo, casi la mitad de los guerrilleros, muchos de ellos liderados por religiosos, militares y labradores, serían militarizados por la *Junta Central* para constituir un *curso terrestre* so pretexto de protegerlos. Aunque tampoco podemos olvidar que durante la Guerra de la Independencia, muchos guerrilleros fueron desertores, procedían de un ejército español ineficaz, exhausto, desarbolado y desmoralizado.

Fueron los cuerpos expedicionarios angloportugueses —un máximo de 60.000 hombres contra los casi 400.000 del ejército francés— quienes contribuyeron a asestar el mazazo definitivo a Napoleón, el mismo emperador reconocería desde su retiro en Santa Elena que fue su intervención en España lo que

le llevaría a su propia perdición<sup>4</sup>. La guerrilla había provocado el fracaso más estrepitoso en la operatividad de la red de comunicaciones de los ejércitos franceses pues casi 70.000 de sus efectivos se dedicaron en exclusiva a proteger las líneas entre Madrid y la frontera sin cobrar alivio meritorio, la guerrilla se encargaba de eliminar espías y simpatizantes afrancesados aportando todo tipo de información vital para los intereses de los ejércitos regulares.

La guerrilla contra los franceses tendría gran importancia en el actual territorio burgalés. Julián de Pablos en la comarca lermeña, Benito en Pancorbo o el cartujo fray Francisco de Echeverría en la zona de Brivesca. La guerrilla funcionó precisamente por su extracción local. Pero sin duda, los guerrilleros más célebres del mediodía burgalés fueron Juan Martín Díez y Jerónimo Merino.

Como señalara Cassinello en relación a *El Empecinado*, es difícil encontrar un juicio sereno y desapasionado sobre su vida<sup>5</sup>. Casi todas las fuentes son parciales, muchos documentos han desaparecido y frente a la lectura de los textos disponibles hemos de realizar un ejercicio crítico constante, nada fácil si nos dejamos llevar por el magnetismo que ejercen personajes tan singulares como los guerrilleros de la francesada.

El final trágico sufrido por Juan Martín en Roa y el exilio en Alençon al que se vio forzado Merino no contribuyen precisamente a transparentar sus trayectorias vitales. Sobre las gestas de Juan Martín, José Buchs llegó a rodar una película, *El Empecinado* (1928), cineasta que exaltó otros pasajes decimonónicos en *El dos de mayo* (1927), *Prim* (1930) e *Isabel de Solís* (1931)<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> John L. TONE, *La guerrilla española y la derrota de Napoleón*, Madrid, 1999, p. 17.

<sup>5</sup> Andrés CASSINELLO PÉREZ, *Juan Martín, "El Empecinado", o el amor a la libertad*, Madrid, 1995, p. 12. Además de la biografía de Cassinello, la mejor revisión crítica y bibliográfica sobre Juan Martín en Arturo ANSÓN NAVARRO, "Juan Martín Díaz El Empecinado 1775-1825. Un guerrillero defensor de la libertad", en *Goya, El Empecinado y la Guerra de la Independencia en Aragón*, Zaragoza, 1996, pp. 29-53.

<sup>6</sup> Vid. Emmanuel LARRAZ, "La Guerra d'Independence dans le cinema franquiste", en *Les espagnols et Napoleon. Actes du Colloque International d'Aix-en-Provence, 1983*, Aix-en-Provence, 1984, pp. 241-253, un interesante trabajo donde se revisan las películas franquistas de exaltación nacional ambientadas en época de la francesada (*El abanderado* (1943) de Eusebio Fernández Ardevín, *El verdugo* (1947) de Enrique Gómez, *El Tambor del Bruch* (1948) de Ignacio Farrés Iquino, *Agustina de Aragón* (1951) de Juan de Orduña y *Lola la Piconera* (1951) de Luis Lucia).

Pero la fortuna cinematográfica de *El Empecinado*, pese a lo apasionante del personaje, ha sido tardía y difusa. Hubo que esperar hasta la consolidación de la democracia para que Mario Camus firmara una coproducción franco-española televisiva de seis capítulos (*Los Desastres de la Guerra*), en cuyo guión colaboraron Rafael Azcona, Eduardo Chamorro y Jorge Semprún, y en la que los tópicos juicios triunfalistas y nacionalistas de las décadas de 1940-50 fueran definitivamente cribados, reflejando que las carnicerías provocadas con los enfrentamientos entre *El Empecinado* y el general Hugo, no fueron sino degollinas salvajes, concediendo escaso crédito a la dignidad humana, argumento tan clarivamente plasmado por Goya en sus universales estampas que nos ponen los pelos de punta sin necesidad de recurrir al cine bélico contemporáneo plagado de efectos especiales.

Hacia inicios de la década de 1960, José María Codón emprendía ante las autoridades galas una serie de gestiones encaminadas a conseguir la repatriación de los restos mortales de Jerónimo Merino. La idea venía de atrás, de 1944, fecha del centenario de la muerte de Merino, pero la terrorífica situación bélica que asolaba entonces el continente europeo impidió emprender cualquier trámite recuperador, y menos desde la Península, entonces en la antesala de lo que estuviera por llegar tras la inevitable derrota del nazismo alemán y el fascismo italiano que habían auspiciado la victoria franquista.

La definitiva exhumación tendría lugar el 22 de junio de 1962. El 2 de mayo de 1968 los despojos fueron conducidos hasta Lerma “en solemne procesión y portado su ataúd sobre hombros de Caballeros Laureados, es depositado su cuerpo en la tierra que amó y deseó”. Poco antes de finalizar la Guerra de la Independencia, en julio de 1813, Merino alcanzó el cargo de gobernador militar de

Burgos. En octubre de 1814 Fernando VII otorgaba al ex-guerrillero una canonjía en la catedral de Valencia, siéndole impuesta –como al *Empecinado*– la cruz laureada de San Fernando y la gran cruz de Carlos III, aunque su carrera eclesiástica quedó truncada al tener un incidente con otros canónigos a quienes amenazó con dos pistolas (hay quien dice que para dejar la canonjía esgrimió motivos de salud), retirándose después a Villoviado.

En marzo de 1821 volvería a empuñar las armas contra los constitucionalistas, perseguido por el propio *Empecinado*, Abuín y Santillana. Años más tarde, en 1833 y tras la muerte de Fernando VII, se sublevaría a favor del pretendiente Carlos V, reclutando batallones realistas en Aranda y Roa que se concentraron en La Ventosilla. Terminaría sus días como teniente general del ejército carlista acompañando en el exilio al rey frustrado, falleciendo en Alençon en 1844.

Claro que lo más interesante del correlato tuvo lugar en 1944, cuando Codón dedicaba un artículo reivindicando la memoria de Merino y lamentando que su biografía hubiera sido maltratada y tergiversada, al tiempo que reclamaba la repatriación urgente de sus restos. Atrás, Martínez Burgos había conseguido que el padre jesuita Bolinaga (capellán en el penal de Burgos durante la posguerra) entregara el trabuco bocamarta del cura de Villoviado al *Museo de Burgos* y García de Quevedo y Concellón alcanzara a bautizar una modesta calle de la capital, sita detrás del gélido edificio de la Capitanía General, con su nombre. El sable atribuido a Jerónimo Merino se ha conservado como preciada alhaja en la colegiata de Covarrubias.

Comentaba Codón que en la repatriación de los restos del cura de Villoviado colaboraron algunos periodistas prestos a divulgar la vida del poco conocido guerrillero: el entonces director del dia-

<sup>7</sup> CODÓN, *op. cit.*, p. 7.



Francisco de Goya y Lucientes. "Fabricación de pólvora" (ca. 1810-14). Óleo sobre tabla. 0,33 x 0,52 m. *Patrimonio Nacional*. Palacio de la Zarzuela (Madrid).

rio *Pueblo*, Emilio Romero, y hasta Tico Medina, que llegó a redactar un guión cinematográfico sobre la vida de Merino, además de Juan Carlos Villacorta, Blanca Ferrer —periodista pamplonica y descendiente del ardiente guerrillero— y el diplomático José María de Areilza, adalides de una “comisión de buenos burgaleses” para intentar rescatar las cenizas de otro “burgalés de pro”<sup>8</sup>. Las gestiones contaron con el apoyo de los munícipes y secretarios locales de Lerma, Villoviado y Villafruela.

Se conservan algunas fotografías de la ceremonia del traslado de los restos con notable profusión de oficiales de alta graduación —ya entrados en años— condecorados durante la guerra civil de 1936-39 (Codón cita a los tenientes generales Gómez Zamalloa<sup>9</sup>, Palacios y Mobeá), alguno luce hasta la laureada y la cruz de hierro nacionalsocialista sin duda obtenida en el frente

ruso con la *División Azul*), clérigos encopetados y autoridades civiles. El funeral solemne fue oficiado por el abad de Silos Dom Pedro Alonso.

Mantenemos la sospecha que la figura del cura Merino fue apropiada por unos, los adeptos al régimen, y la de *El Empecinado* quedó en la recámara de otros, aunque carente de herederos directos tras la consolidación del stalinismo, la inacabable dictadura franquista y la tremenda diáspora que supuso el exilio republicano español.

El cenotafio definitivo de Merino puede contemplarse junto al mirador que desde Lerma se abre al valle del Arlanza.

El otro monumento funerario, el dedicado a Juan Martín, se alzó en Burgos en 1855-1856, aun-

<sup>8</sup> CODÓN, *op. cit.*, pp. 231-232.

<sup>9</sup> Siendo comandante combatió en los altos del Pingarrón contra la 11 división de Lister durante la batalla del Jarama en febrero de 1937, fue herido en la de Brunete en julio del mismo año.



Francisco de Goya y Lucientes. "Fabricación de balas" (ca. 1810-14). Óleo sobre tabla. 0,33 x 0,52 m. *Patrimonio Nacional*. Palacio de la Zarzuela (Madrid).

que inicialmente enterrado en la colegiata de Roa, sus restos, fueron trasladados en una arqueta hasta el cenotafio burgalés —un templete de planta cuadrangular coronado por mínimos frontones y rematado por un obelisco— el 18 de febrero de 1856 (González Arranz y Zamora afirmaban que *El Empecinado*, ajusticiado el 20 de agosto de 1825, fue enterrado en el camposanto de la villa raudense, siendo trasladados sus restos a Burgos el 23 de diciembre de 1855). El monumento-cenotafio a *El Empecinado* era un diseño de Agustín de Marcoastu (1844) destinado a ser instalado en la plaza del mercado de Roa, pero el consistorio raudense debió negarse hasta el punto que la reina ordenó su erección en la ciudad de Burgos. Fue construido por Bonifacio Hernando bajo la dirección del arquitecto municipal Bernardino Martínez de Velasco. La ciudad no debió considerar el monumento como propio, instalándolo en un sector marginal sobre parte del antiguo convento de la

Victoria —entre los paseos de la Isla y los Cubos, cerca de la que luego sería plaza de Castilla— que se llenó de inmundicias. Hacia 1852 los propietarios de viviendas aledañas solicitaron su traslado, terminando en un solar frontero al monumento al Cid, inmediato al cementerio y al arco de Fernán González<sup>10</sup>.

En 1925 —en plena dictadura de Primo de Rivera— Álvaro de Albornoz creía necesario desmitificar el pasado histórico de nuestro país pues se encontraba lleno de desajustadas leyendas sobre valor y heroísmo, mientras omitía todo paréntesis ilustrado y liberal. Pero no llega a valorar otras lecturas, como que la ruptura con el tradicionalismo y los valores del Antiguo Régimen había coronado hasta la extenuación la noción del progreso como ideal.

El mismo año, Federico García Lorca presentaba su texto sobre Mariana Pineda y, en 1931,

<sup>10</sup> Lena S. IGLESIAS ROUCO, *Burgos en el siglo XIX. Arquitectura y urbanismo (1813-1900)*, Valladolid, 1979, pp. 68-70.

Rafael Alberti redactaba un romance en homenaje al capitán Fermín Galán, ejecutado tras el fracaso de la sublevación republicana de Jaca en 1930.

La libertad también necesitaba mártires, a ser posible laicos, cívicos y ejemplares. La Segunda República trató de asumir la tradición representada por el primer liberalismo español, haciendo suyos los mitos de Mariana Pineda y Riego, contraponiéndolos a los heraldos del absolutismo y el tradicionalismo.

Otros personajes serían reivindicados por todos: Agustina de Aragón, que rogando el auxilio de la Pilarica expulsó a los franceses de Zaragoza, se convirtió en una heroína reclamada por los republicanos acosados por los aliados de Franco, pero también por los franquistas, que intentaban sacudirse a los incómodos brigadistas, tachados de agentes asiáticos-satánicos del comunismo internacional. Agustina, como es de suponer, resultó finalmente secuestrada y amamantada por los ganadores de la contienda civil<sup>11</sup>.

El franquismo prefirió reclutar a sus héroes en los siglos XVI y XVII (Isabel la Católica, el cardenal Cisneros o el Gran Capitán), denostando a románticos comprometidos como Torrijos o María Pita.

Como indicara Martínez Gallego, hasta Curro Jiménez, el imaginario bandolero metido a guerrillero durante la Guerra de la Independencia que hizo popular la televisión española de los años 70, es mucho más real a los ojos del común que Riego o Torrijos, dos personajes históricos sólo conocidos —con suerte— por los eruditos.

Los liberales gaditanos del siglo XIX buscaron sus raíces en la oposición al feudalismo —reinvindican ancestros comuneros y agermanados— y el absolutismo, máxime tras la invasión de la Península por parte de los ejércitos napoleónicos, cuando empieza a fraguarse la imagen de héroe romántico que aspira a asegurar vagos conceptos como el de soberanía nacional, opinión pública, comportamiento cívico, libertad, igualdad y nación. Cualquier ciudadano ejemplar podía aspirar al *status* de héroe democrático y patriota. Proliferaron entonces lápidas por doquier celebrando la constitución que fueron sistemáticamente destruidas a partir de 1814 y sobre todo desde 1820<sup>12</sup>.

En las memorias del realista Gregorio González Arranz, procurador personero y regidor del ayuntamiento de Roa desde el final de la Guerra de la Independencia hasta las primeras elecciones constitucionales de 1820, depuesto del cargo, fue nuevamente instaurado cuando triunfa el absolutismo en 1923, señalaba que con el triunfo de los realistas, muchos vecinos pedían a voces que los alcaldes constitucionalistas retiraran la placa de “Plaza de la Constitución”: “Lo pedían en represalia, porque algunos días, como apareciese la citada lápida cubierta de inmundicias, habían obligado a los más exaltados realistas del pueblo a tomar las herramientas y limpiarla, poniéndoles después en prisión y castigándoles además con fuertes multas”<sup>13</sup>.

Da que pensar que Fernando VIII se resistiera a condenar al olvido a los héroes guerrilleros de la Guerra de la Independencia, integrándolos en el ejército a

<sup>11</sup> Francisc-Andreu MARTÍNEZ GALLEGO, “El rescate del héroe: el panteón sincopado del liberalismo español (1808-1936)”, en *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, ed. de Manuel Chust y Víctor Mínguez, València, 2003. pp. 253-257.

<sup>12</sup> MARTÍNEZ GALLEGO, *op. cit.*, p. 259.

<sup>13</sup> LAZO, *op. cit.*, p. 28.

pesar de las resistencias manifestadas por oficiales de carrera procedentes de la aristocracia y la nobleza.

Durante el Trienio Liberal, más allá de los héroes de la Independencia y los partidarios del constitucionalismo gaditano, surgirían nuevos mitos opuestos al absolutismo fernandino: Mina, Porlier, Richard, Lacy, Van Halen, Vidal y, por supuesto repitió, *El Empecinado*. Se volvió entonces la vista atrás, hacia las gestas de Bravo, Padilla y Maldonado, los defensores de las libertades de Aragón y las germanías valencianas, y también sobre Cayetano Ripoll y Torrijos.

Se promocionaron símbolos como el del león español, aunque el Himno de Riego y la bandera tricolor nunca fueron institucionalizados por la triunfante burguesía moderada cada vez más incómoda ante el panteón de héroes recién incensados. Símbolos como el Himno de Riego o la enseña rojigualda y morada, no triunfaron definitivamente hasta 1931, aunque fueran asumidos desde el siglo XIX por los liberales partidarios del sufragio universal y los germinales republicanos.

En relación a la iconografía de Juan Martín Díez, tenemos a nuestra disposición abundante material calcográfico emanado del carácter propagandístico que durante la Guerra de la Independencia alcanzó la estampa, desde el género satírico a las galerías de héroes de la resistencia (los *Retratos de los españoles ilustres* –junto al marqués de la Romana, los generales Castaños, Cuesta, Ballesteros, Palafox o héroes guerrilleros como Espoz y Mina, Martín de la Carrera, Francisco Abad y Moreno (*Chaleco*), Juan Palarea (*el Médico*) o el cura Juan Tapia- anunciados en la *Gaceta de Madrid*).

Hay estampas suyas desde 1810 que nos muestran una imagen tópica de envidia goyesca: retratado de busto, de tres cuartos o en pose ecuestre, vestido de militar destaca sobre una nutrida foresta en alusión a su *modus operandi*, con un enorme bigote, finas patillas alargadas y poblado cabello en la frente que nos recuerda sobremanera la descripción que de *El Empecinado* hiciera Galdós, influido tal vez por una quirúrgica observación de grabados y litografías, algunas iluminadas. De estatura mediana, considerable fuerza muscular, semblante entre amarillento y moreno: “Sus facciones eran más bien hermosas que feas, los ojos vivos, y el pelo, aplastado en desorden sobre la frente, se juntaba a las cejas. El bigote se unía a las pequeñas patillas, dejando la barba limpia de pelo, afeitó a la rusa, que ha estado muy en boga entre guerrilleros, y que más tarde usaron Zumalacárregui y otros jefes carlistas. Envolvíase en un capote azul que apenas dejaba ver los distintivos de su jerarquía militar, y su vestir era en general desaliñado y tosco, guardando armonía con lo brusco de sus modales. En el hablar era tardo y torpe, pero expresivo, y a cada instante demostraba no haber cursado en academias militares ni civiles. Tenía empeño en despreciar las formas cultas, suponiendo condición frívola y adamada en todos los que no eran modelo de rudeza primitiva”<sup>14</sup>.

También nos ha dejado excelente memoria pictórica pues su inmortalización más sobresaliente la apreciamos en el retrato de medio cuerpo que del guerrillero ribereño nos dejara Francisco de Goya (1809), custodiado hoy en la colección japonesa del *Instituto Aino Gakuin* (Osaka) pues fue vendido en 1900 por su propietario Luis de Navas a un coleccionista suizo. El óleo sobre lienzo, de 0,84 x 0,65 m., está ahora depositado en el *Museo Nacional de Bellas Artes Occidentales* de Tokio. Los nipones estuvieron de suerte.

<sup>14</sup> Vid. Isla AGUILAR y José Manuel MATILLA, “Imágenes de devoción. El retrato del héroe en las estampas durante la Guerra de la Independencia: Juan Martín Díez. *El Empecinado*”, en Goya, *El Empecinado y la Guerra...*, pp. 85-101.

Juan Martín va vestido con uniforme de capitán (en abril de 1809 había sido ascendido por la Junta Suprema de Castilla la Vieja —en realidad la Junta de Béjar, probablemente a instancias del conde de Parque— a capitán de caballería y hasta septiembre de 1810 no alcanzaría el cargo de brigadier por la Regencia)<sup>15</sup>.

Su dolmán colorada con alzacuellos negro de húsar, va ornada con charreteras de capitán, afiladas bocamangas, cartucherín de gala cruzado en bandolera, sobre la misma luce una placa dorada grabada con el escudo de Castilla sujeto con cadennilla, lujosos entorchados y deterioradas botonaduras en la pechera, porta un cinturón sujeto al pantalón marrón del que pende un presumible sable, la mano izquierda parece sujetar lo que parece un bicornio oscuro.

Muestra una mirada penetrante, abundante cabello negro, prominentes bigotes y poblada barba encadenada a sus largas patillas. Tiene semblante seco y digno, propio del guerrillero fogueado en cien batallas aunque no tan distante del labrador abrasado por el sol, retratado en la misma pose marcial que Goya utilizara para inmortalizar al coronel Ignacio Garcini y Queralt (1804) del *Metropolitan* de Nueva York, el del brigadier Alberto Foraster (1804) de la *Hispanic Society* y más tarde el del general y afrancesado ministro de justicia Manuel Romero (1810) de la *McCormick Collection* de Chicago.

Ansón señalaba que Goya había escapado del segundo sitio a Zaragoza el 24 de noviembre de

1808 con destino a su localidad natal Fuentetodos, y desde allí a Renales (Guadalajara), de donde era originario su ayudante Gil Ranz. Como no quiso llegar hasta Madrid pues Napoleón había reconquistado la capital para su hermano José I, decidió viajar hasta Piedrahita (Ávila), sin poder regresar a la villa y corte hasta inicios de mayo de 1809, cuando el rey intruso obligó a todo el funcionariado a reintegrarse a sus tareas. Durante la estancia goyesca en Piedrahita, *El Empeinado* participaba en operaciones defensivas contra las tropas francesas en tierras de Alcántara, Ciudad Rodrigo y Béjar, pudiendo haber entrado en contacto con el pintor aragonés en la localidad abulense durante el mes de abril de 1809.

Existe una copia del retrato de Goya ejecutada por Martínez Cubells en la *Real Academia de la Historia*. Otro retrato —con uniforme de brigadier— parece inspirado en un original pintado por José García y grabado por Tomás López de Enguídanos —que fuera grabador de cámara del rey— en 1814 se custodia en el *Museo del Ejército*, versionado después con pocas variantes en otro lienzo anónimo del *Museo Lázaro Galdiano*<sup>16</sup>.

Del cura Merino poseemos un retrato de madurez y otro realizado poco antes de fallecer exiliado en Francia, de facciones atemperadas por la ancianidad, contrasta con los retratos literarios que algunos contemporáneos y otros testimonios posteriores dejaron de él, de aspecto desagradable, huraño, desconfiado, montaraz, asilvestrado, velludo, áspero y sanguinario, seguramente afilando la

<sup>15</sup> Desde que fuera expuesto en la muestra *Obras del Goya* organizada por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes en Madrid en 1900, el lienzo no había vuelto a visitar España hasta que viniera al palacio de Sástago de Zaragoza con motivo de la exposición *Goya, El Empeinado y la Guerra de la Independencia en Aragón*, del 15 de noviembre al 15 de diciembre de 1996, más tarde se presentaría en el *Museo Nacional de Artes Decorativas* de Madrid entre los meses de marzo y abril de 1997, poco antes se elaboró un detallado informe técnico a cargo de Carmen Garrido, M<sup>a</sup> Jesús Iglesias y José M<sup>a</sup> Cabrera (vid. *Francisco de Goya. Juan Martín Díaz "El Empeinado". Examen técnico y restauración*, Madrid, 1997), viajando después hasta el *Museo de Burgos*. Un completo estudio en Arturo ANSÓN NAVARRO, "El retrato de *El Empeinado* pintado por Goya en 1809", en *Goya, El Empeinado y la Guerra...*, pp. 70-81. Catalogado por Calvert en 1908, por Aureliano de Beruete en 1916 y por Mayer en 1923, el lienzo salió por desgracia de España para iniciar un largo periplo por varias colecciones alemanas y suizas (la Wasserman de Munich, la Bossard de Lucerna, la Robert Neugebauer de Colonia y finalmente —hacia la década de 1970— a un particular de Zurich). Desde su residencia en Zurich sería publicado por D. B. Wyndham Lewis (1968), Josep Gudiol (1970), Rita de Angelis (1971) y Pierre Gassier (1971).

<sup>16</sup> ANSÓN, *op. cit.*, p. 81.

pluma por razones ideológicas (era *La fiera de los pinares* en un libelo madrileño de 1834), aunque hablar de la crueldad como cualidad del guerrillero debería hacerse extensivo –para bien o para mal– al grueso de los arrojados al monte. Otros retratos nos lo describen como hombre de complexión magra, media altura, tez morena, ojos grandes y hundidos y sienes arqueadas y caballunas, de bronca voz, pocas palabras y brusquedad de formas, en absoluto interesado por los bienes materiales<sup>17</sup>.

La descripción de Baroja lo sentenciaba definitivamente como chaparro y feo, de jeta caída, clérigo despótico de “misa y olla” y “obispo de páramo”, si bien eran reconocidas sus dotes como jinete apasionado –utilizando la estrategia de la doble cabalgadura que le permitía cubrir distancias de más de veinte leguas en una sola jornada– y hábil tirador, según el relato de Hardman, disponía de manufacturas de trabucos y pertrechos en algunos almacenes ocultos entre la sierra de Burgos y Soria, gozando de seguros escondites en la sierra de Arlanza, desde donde se colaba en la abadía benedictina de San Pedro<sup>18</sup>.

Raramente vestía Merino uniforme militar, prefiriendo larga levita y ajustado chaleco desarripado, pantalones azules y sombrero redondo, aunque siempre armado con sable y carabina. Muchos han referido su corto y liviano sueño, y la adustez de sus hábitos alimenticios, considerados parcos, dados al chusco, moderadas onzas de espeso cho-

colate clerical, sopas de ajo, ressecos frutos de matanza y curado queso de oveja. No muy allá de lo que debieron trajinar sus hombres de partida, con la excepción de considerar su escasa afición al vino, natural en quien fuera pastor más al norte de la Venta de Guímara y desconfiara de los pellejeros, sus portes y los efectos del clarete.

No convencen ni sus panegiristas ni sus detractores, pues tampoco parece que sus saberes teológicos

fueran proverbiales, como debió ser común entre los pastores de almas rurales de la época, ni tampoco que cuando le tocó vivir la existencia como cura de aldea, se destacara por prodigar consejos y ejemplos entre sus paisanos y derramar “bienestar con su carácter tranquilo y apacible”<sup>19</sup>. Es probable que la importancia del clero entre los líderes guerrilleros tuviera que ver con el

terror ideológico que el bonapartismo inspiraba entre los religiosos, secundando éstos encendidas arengas favorables a la guerra santa, si bien debió influir aún más la abolición de todas las órdenes monásticas –unos 60.000 hombres y 30.000 mujeres– decretada por el gobierno bonapartista a mediados de 1809. Clérigos que actuaron como jefes de partida los hubo en abundancia: Lucas Rafael, Antonio Marañón *el Trapense*, Ramón Argote, Antonio Jiménez, Policarpo Romeo, Antonio Temprano, José Pinilla, Juan de Tapia, Jacobo Álvarez, Francisco Salazar, Juan Délica, Juan Mendieta *el Capuchino* o Agustín Nebot *el Fraile*.<sup>20</sup>



Francisco de Goya y Lucientes. “Tampoco”, aguafuerte y aguatinta (*Desastre de la guerra*, nº 36).

<sup>17</sup> Gabriel H. LOVETT, *La Guerra de la Independencia y el nacimiento de la España contemporánea. II. La lucha, dentro y fuera del país*, Barcelona, 1975. pp. 261-262.

<sup>18</sup> HARDMAN, *op. cit.*, pp. 143-144.

<sup>19</sup> CODÓN, *op. cit.*, p. 14.

<sup>20</sup> Charles ESDAILE, *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia*, Barcelona, 2004. p. 312.

Es significativo que las clases profesionales privilegiadas jugaron un importante papel en el seno de las guerrillas, sin olvidar otros grupos sociales como los agricultores, pastores, artesanos, comerciantes, contrabandistas, militares, estudiantes y humildes sacerdotes, siendo los casos de Juan Martín y Jerónimo Merino, además de Espoz y Mina en Navarra, Julián Sánchez García *el Charro* en Salamanca o Gaspar de Jáuregui en el País Vasco.

*El Empecinado*, hijo de labradores de mediana fortuna, nació en Castrillo de Duero (Valladolid) en 1775, voluntario con diecisiete años en la guerra del Rosellón, participó en las batallas de Masdeu, Truillas y Pontós. Tras la paz de Basilea (1795), regresa a su pueblo y casa con Catalina de la Fuente en 1796, trasladándose a Fuentecén, pueblo natal de su esposa.

Con la invasión francesa de 1808 Juan Martín abandona las tareas del campo y reemprende su actividad bélica, inaugurando la guerrilla española al interceptar correos franceses y convoyes desprotegidos en los caminos de Burgos a Madrid y Valladolid (acuciado por las cuadrillas de brigantes a fines de 1809, Napoleón formaba un cuerpo especial de gendarmería francesa —amén del ejército regular— dedicado exclusivamente a la protección del camino real que unía Bayona con Madrid)<sup>21</sup>. Junto al general Gregorio Cuesta que congregó al mal entrenado “Ejército de Castilla”, soportó la derrota en la batalla de Cabezón (12 de junio de 1808) infligida por Antoine Lasalle, y junto a Cuesta y el general Joaquín Blake, un nuevo fracaso en Medina de Rioseco (14 de julio)<sup>22</sup>.

Después del triunfo hispano en Bailén (19 de julio), Juan Martín seguiría en su actividad guerrillera, en agosto haría prisionera a una dama gala —algunos se empeñan en considerarla familiar del mariscal Moncey— que trasladaría a Castrillo de Duero. Los sucesos son confusos, aunque parece

que los vecinos de la localidad, esperando hacerse con el botín obtenido por *El Empecinado*, asaltaron la casa donde estaba recluida la dama y la escolta francesa. Tales lances provocaron que el general Cuesta ordenara el arresto de Juan Martín en el Burgo de Osma en el mes de septiembre, desde donde pudo huir.

Los acontecimientos, trágicos para el país, le fueron favorables, pues la irrupción de Napoleón hasta Burgos y Madrid al mando de 40.000 hombres para reponer al rey José, precisó de nuevos acosos guerrilleros. *El Empecinado* desplazaría su teatro de operaciones hasta tierras salmantinas, donde el general británico John Moore pretendía avanzar hacia el este para cortar las comunicaciones entre los franceses apostados en Madrid y la frontera. Allí suministró abundante información al militar inglés obtenida de golpes de mano a correos, siendo recompensado con 18.000 reales que le permitieron abastecer y remozar su partida.

Mientras tanto Napoleón hostigó con dureza a Moore, avanzando hasta Astorga el 1 de enero de 1809 con más de 80.000 combatientes, que hicieron retroceder a los ingleses a toda velocidad con destino a La Coruña, perseguidos por las fuerzas de Soult. Con la gravedad que tomaron los acontecimientos europeos Napoleón se vio obligado a regresar a Francia. Los ingleses consiguieron embarcar en los navíos del almirante Hope, aunque Moore cayera en combate durante el sitio de La Coruña.

Los siguientes pasos de Juan Martín se darían por tierras del centro de la Península, siguiendo el espinazo del Sistema Central, entre Segovia, la zona meridional de la provincia de Burgos y la Alcarria. Los franceses ofrecían 5.000 duros a quien lo cercara y lo entregara vivo o muerto e incluso a liberar de contribuciones a la localidad

<sup>21</sup> LOVETT, *op. cit.*, 250-251.

<sup>22</sup> Vid. Celso ALMUIÑA, “De la vieja sociedad estamental al triunfo de la “burguesía harinera””, en *Valladolid en el siglo XIX*, “Historia de Valladolid, VI”, Valladolid, 1985, pp. 35-54; David GATES, *La úlcera española. Historia de la Guerra de la Independencia*, Madrid, 1987. pp. 77-79 y 83-86.

que lo delatara. *El Empecinado* –también Merino– resultaba una verdadera pesadilla para los franceses, señalan las fuentes que llegaron a detener a su madre para intimidarle, la respuesta de Juan Martín resultó contundente: fusilaría a cien franceses prisioneros y todos cuantos apresara si su progenitora sufría algún daño.

El 29 de marzo de 1809, la Junta de Guerra le reconocía el sueldo de teniente de caballería y en abril, la Junta de Ciudad Rodrigo, localidad en poder de los españoles con la colaboración del general Wilson, el de capitán. En adelante, Juan Martín defendería las tierras de la Peña de Francia, en colaboración con el avance de los ejércitos hispanobritánicos de Wellesley que intentaban ascender Tajo arriba frente a las tropas de Soult y Ney<sup>23</sup>. Tras la derrota de Talavera (27-28 de julio) *El Empecinado* penetraría en Salamanca, posición en poder de los franceses que contaba con escasa guarnición.

Desde tierras charras pasó nuevamente a la Ribera y desde aquí a la zona de Guadalajara con 300 caballos y 200 infantes, auxiliado por sus colaboradores: Nicolás de Isidro, Vicente Sardina, Julián de Pablos, Mondedeu, Saturnino Abuín (*el manco de Tordesillas*) y dos paisanos, Mariano Navas y Antonio Berdugo. En el hecho de marchar a tierras alcarreñas pudieron pesar actitudes hostiles y hasta denuncias de sus paisanos, aunque lo más probable es que dada su condición de capitán acatará órdenes de sus superiores<sup>24</sup>.

Establecidos en Sigüenza el 11 de septiembre de 1809, actuaron contra los destacamentos franceses en todo el valle del Henares, llegando a tomar la capital de Guadalajara donde *El Empecinado* fue copado, aunque consiguió escapar, aumentando su prestigio entre los miembros de la Junta Suprema de Sevilla y la Regencia de Cádiz.

Durante su estancia alcarreña tuvo serios problemas con Salas, intendente de Guadalajara, que intentó conquistarle para la causa afrancesada, vencéndole finalmente en Miralbueno, también hizo frente a Bernardo Mayor, capellán de Fuentespina, especialmente dado al saqueo indiscriminado y que terminaría por pasarse al enemigo. Juan Martín constituiría en abril de 1810 dos batallones militarizados: el de *Tiradores de Sigüenza* y el de *Voluntarios de Guadalajara*, comandados respectivamente por Nicolás de Isidro y Jerónimo Luzón, obteniendo éxitos en Brea de Tajo.

En la provincia de Guadalajara *El Empecinado* debió hacer frente al gobernador militar galo José Leopoldo Hugo (padre del célebre escritor Víctor Hugo) que al mando de 3.000 hombres y artillería intentó desarticular las tropas del guerrillero compuestas por sólo 2.000 efectivos que sortearon el copo y se retiraron por tierras madrileñas.

Se vería obligado a actuar con suma rapidez, moviendo sus efectivos constantemente y atacando por sorpresa –en Sigüenza, Cifuentes, Brihuega, Jadraque, Cogolludo, Atienza– para desaparecer con idéntica celeridad. La envidia y las disensiones empezaron a minar las fuerzas de Juan Martín, pues el 26 de noviembre de 1810 se le sublevaron los capitanes Sardina, el *manco* Abuín y Masdedeu, quizás instigados por Villagarcía, oficial afrancesado que actuó en la guerrilla como espía y confidente, pero el ribereño pudo hacerles frente.

Los trances le permitieron salir reforzado, obteniendo de la Regencia el cargo de brigadier de caballería, un ascenso que no debió sentar nada bien entre algunos de sus subalternos y los miembros de la Junta de Guadalajara. Una suscripción popular efectuada en Cádiz dio para adquirir 400 uniformes de caballería y un sable donado por Lord Macduff que tal vez fuera un

<sup>23</sup> Para la biografía de *El Empecinado* seguimos la ajustada síntesis de ANSÓN, “Juan Martín Díez *El Empecinado*...”, pp. 35 y ss.

<sup>24</sup> MARTÍNEZ, *op. cit.*, p. 271.



Francisco de Goya y Lucientes. "Carretadas al cementerio", aguafuerte y aguatinta (*Desastre de la guerra* nº 64).

regalo personal del rey Jorge III de Inglaterra a *El Empecinado*.

El recién brigadier asumió el mando de miles de hombres procedentes de ambas Castillas, más difícil es asignar una cifra para su adscripción a la 5ª división del segundo ejército (bautizado como de Aragón y Valencia), aunque es probable que sobrepasara los 3.000 o 4.000 efectivos. A juicio de Tone, Juan Martín cayó en la tentación de actuar como si sus hombres —el grueso, campesinos alcarreños— fueran tropas regulares. Muchos integrantes del batallón de *Tiradores de Sigüenza* desertaron al verse encorsetados entre unidades compactas dirigidas desde las altas instancias<sup>25</sup>, Juan Martín entraría en conflicto con el gobierno y sus militares más entorchados.

El 12 de enero de 1811 *El Empecinado* marcharía a combatir a Aragón junto a las fuerzas de Villacampa, en la retaguardia del general Suchet que avanzaba sobre Tarragona. No partió de buen grado, pues dejaba desprotegida la zona alcarreña, haciéndose acompañar por sólo 300 jinetes. Juan Martín figuró como coronel de un regimiento de caballería denominado *Húsares de Guadalajara* que se había creado el 22 de febrero de 1811.

<sup>25</sup> TONE, *op. cit.*, p. 83.

La guerra de guerrillas, de la que era un consumado maestro, estaba dando paso a una guerra entre cuerpos de ejército para la que empezaba a estar preparado, derrotando a los franceses en Sacedón y burlando a los 15.000 soldados al mando del general Beliard, huyendo hacia tierras segovianas y regresando más tarde a Guadalajara.

A lo largo de toda la trayectoria bélica de *El Empecinado*, apreciamos numerosos conflictos y desacuerdos a cuenta de su forma de batallar. O'Donnell, general en jefe del segundo ejército, exigió a los soldados de Juan Martín marchar hacia Valencia, territorio fuertemente amenazado por Suchet, pero tras la negativa de la Junta de Guadalajara a desprenderse de tales tropas, las cosas terminaron a golpes y tiros el 11 de junio de 1811. Las fuerzas locales sólo deseaban combatir por la defensa de su territorio inmediato. Juan Martín se encontraba entonces en Cuenca, al mando de 400 hombres que intentaban neutralizar el acoso de los franceses sin demasiado éxito pues eran reticentes a alejarse de su entorno y combatir a las órdenes de militares profesionales.

La Junta de Guadalajara fue enteramente renovada, recibiendo *El Empecinado* real despacho de coronel del regimiento de caballería de *Cazadores de Guadalajara*, manteniendo el empleo de brigadier y el mando de su división.

En Sigüenza trabajó intensamente para reorganizar su ejército, muy tocado por las desertiones y la dispersión de unidades emboscadas, hasta conseguir formar la 5ª división del segundo ejército, que de O'Donnell pasó al marqués de Palacio y el general Blake.

El 25 de mayo de 1811 el cuartel general de Sigüenza notificaba a Sepúlveda que Juan Martín tenía a su disposición 1.000 jóvenes procedentes de la provincia de Madrid para el servicio de armas, y podrían alistarse varios miles más, sus

guerrillas acamparon en Prádena desde la primavera de 1812 hasta febrero de 1813<sup>26</sup>.

Para evitar la entrada de Suchet en Valencia, Durán y *El Empecinado* presionaron sobre el Jalón, tomando Calatayud el 4 de octubre, combatiendo al general Mazuquelli y atacando las guarniciones de Daroca, La Almunia y Mainar. En diciembre lucharía en Alagón y Borja.

Cayó Valencia ante Suchet, y *El Empecinado* regresó a la Alcarria donde cosecharía dos considerables fracasos: los franceses hicieron prisionero al *Manco* Abuín en Tamajón, pasándose al enemigo, y Juan Martín sufrió una aparatosa derrota por parte del general Guy en el monte del Rebollar cercano a Sigüenza<sup>27</sup>. Las fuentes insisten en que el guerrillero ascendido a coronel perdió 1.000 infantes y terminó arrojándose por un barranco para evitar caer en manos del ejército invasor. Refugiado en el Alto Jalón, volvió a reorganizar sus diezmadas tropas, recurriendo al reclutamiento forzoso de aragoneses. Sus acciones militares, cada vez menos brillantes, proseguirían hasta el fin de la guerra, combatiendo en la toma de Cuenca el 9 de mayo de 1812, en Las Inviernas el 21 de mayo y en La Cabrera el 4 de julio, donde fue herido en el pecho y evacuado a Torrelaguna.

El 10 de agosto y junto al regimiento de Cazadores mandado por su hermano Antonio se enfrentó a patrullas de la caballería gala en Chamartín, penetrando en la capital de España la mañana del 12 de agosto, poco antes de la entrada triunfal del ejército de Wellington. Madrid aclamó a *El Empecinado* como a un héroe, justo cuando era proclamada la constitución. El 17 de mismo mes tomaba Guadalajara y poco después liberaba Cuenca, haciendo prestar a sus tropas juramento a la constitución.



Francisco de Goya y Lucientes. "Esto es peor", aguafuerte lavado (*Desastre de la guerra*, nº 37)

Pero no todo estaba bajo control, Soult y Suchet volvieron a entrar en Madrid el 2 de noviembre, retirándose los angloespañoles hacia Ciudad Rodrigo. El día 7 *El Empecinado* contuvo a los franceses que desde Madrid salían hacia Valladolid y Salamanca y penetró de nuevo en Madrid, aunque el 3 de diciembre tuviera que salir hacia Sigüenza, pues la capital era nuevamente reconquistada por el ejército francés.

En marzo de 1813 volvió al terreno que mejor conocía, las comarcas que van desde Segovia hasta Aranda, donde colaboró con Merino, si bien debía sentirse más seguro en la Alcarria, pues tras la evacuación gala de Guadalajara participó en la comprometida batalla del puente de Zulema del 22 de mayo, en la salida de Alcalá de Henares hacia Pastrana, siendo condecorado con la laureada de San Fernando por rechazar valientemente el ataque de una columna francesa. Tiempo después reclamaría por una superlativa medalla que nunca le fue definitivamente otorgada.

Tras la huida de Madrid del rey José el 27 de mayo, el nuevo ayuntamiento constitucional solicitó la presencia del *El Empecinado* y sus tro-

<sup>26</sup> Luciano MUNICIO GÓMEZ, *Prádena de la Sierra y su ochavo* (*Apuntes para su historia*), Segovia, 2000. pp. 122-123.

<sup>27</sup> Nicolás HORTA RODRÍGUEZ, "Aportación a la oscura biografía del que fue don Saturnino Abuín, llamado el Manco", *Revista de Historia Militar*, nº 47 (1979), pp. 7-40.

pas, petición que fue denegada por el general Elio, jefe del segundo ejército, aunque sí llegó a participar en la capitalina procesión del Corpus del 17 de junio, recibiendo todo tipo de simpatías y parabienes por parte de la población. Su enorme fama había alcanzado un calado popular irrefutable. En Madrid reposó dos meses, saliendo el 27 de agosto con destino al sitio de Tortosa, que se mantuvo hasta el 19 de mayo de 1814 tras la firma del tratado de paz con Francia.

Desde el 8 de diciembre de 1813 —con el tratado de Valençay— Napoleón reconocía como rey de España a Fernando VII, pero el tratado sería anulado por la Cortes. Mientras tanto, Fernando VII cruzaba la frontera española por Cataluña el 24 de marzo de 1814, alcanzando Zaragoza y Valencia, ciudad donde el 4 de mayo suspendió las Cortes y la constitución de 1812. Poco después el nuevo rey —*el Deseado*— ordenaba la detención de todos los diputados liberales y el 13 del mismo mes entraba en Madrid.

Los acontecimientos, de una enorme gravedad, habían disgustando a muchos. La división de Castilla la Nueva mandada por Juan Martín fue disuelta y el 9 de octubre el rey le concedía el privilegio de poder firmar como Juan Martín Díez, *El Empecinado*. Gracia bastante exigua tras haber arriesgado su vida en infinidad de ocasiones durante el transcurso de la guerra. En sus últimos días, detenido en Roa y condenado a morir en la horca por Fernando VII, recordaría lo poco que se acordaba el rey de los franceses masacrados por Juan Martín *El Empecinado* para que *el Deseado* pudiera reinar. Contradicciones de la vida.

Optaría por retirarse a su Castrillo de Duero natal con una paga de 250 reales, desde allí inició trámites para que le fueran reconocidas sus

condecoraciones, la laureada de San Fernando y la cruz de Carlos III, Juan Martín había permanecido ajeno a toda actividad política desde el final de la guerra, pero no pudo o no supo morirse la lengua y el 12 de febrero de 1815 entregaba a Fernando VII un escrito en protesta ante la detención de numerosos elementos liberales, reivindicando la constitución de las Cortes de Cádiz, aconsejando al rey que “debía bajar de su trono por un momento” para que “reciba en sus brazos a todos los españoles sin distinción de colores políticos porque a todos les debe mucho”.

En una carta que había remitido al periódico *El Redactor General* de 20 de marzo de 1814 *El Empecinado* señalaba: “Yo soy español, y nada más; mi partido es la independencia y libertad de mi patria, y su mayor prosperidad, afianzadas en la Constitución”<sup>28</sup>.

La respuesta del rey fue el destierro de *El Empecinado* a Valladolid, el guerrillero nunca había aceptado dádivas, dineros ni lisonjas reales, haciendo valer su juramento constitucional. El 15 de septiembre de 1814 Fernando VII dictaba una orden de destierro contra Espoz y Mina, los guerrilleros de antes resultaban ahora las cabezas de turco preferidas por el monarca. Algunos oficiales de alta graduación, humillados y celosos de la intervención de los guerrilleros que colaboraron con el ejército regular durante la guerra y fueron elevados a la categoría de héroes nacionales, se meterían de lleno en política, provocando según Esdaile la infección de la historia española durante el siguiente siglo y medio<sup>29</sup>.

El curso político del país no podía ser más inestable, los intentos de pronunciamientos liberales de Porlier en La Coruña (1815), la conspiración del Triángulo en Madrid (1816) y el de Lacy en Barcelona (1817) fueron abortados. Pero el del coronel Riego tuvo éxito el 1 de enero de 1820 en Cabezas de San Juan (Cádiz), proclamando de

<sup>28</sup> *Guerra de la Independencia. Proclamas y bandos combatientes*, ed. de Sabino Delgado, Madrid, 1979. p. 269.

<sup>29</sup> ESDAILE, *op. cit.*, p. 326.

nuevo la constitución de 1812 que el 9 de marzo Fernando VII se vio obligado a jurar. El 29 de marzo de 1820 *El Empecinado* era nombrado segundo cabo de la capitánía general de Castilla la Vieja y gobernador militar de Zamora.

En ese momento Juan Martín firmaba su sentencia de muerte pues junto con Eugenio de Avinarena se dedicó a combatir a la partida realista –heredera de los *feotas* o *apostólicos*– de Jerónimo Merino que entre abril y julio de 1821 se movía hábilmente por tierras de Burgos y Soria hasta conseguir que el clérigo guerrillero ascendido a brigadier, atrás compañero de armas, terminará refugiándose en Francia. Ambos guerrilleros se enfrentaron directamente en Salas, Tordueles, Tejada, Puentevedra y Cebrecos con resultados dispares, aunque sobreviviendo el “demonio de cura” que no daba a *El Empecinado* más que disgustos. Merino reclutó a los mozos “en nombre de la religión y de las antiguas y veneradas leyes fundamentales [...] escarnecidas por los masones que pretendían entronizar la república, destronando la monarquía”, si bien sufrió un tropiezo el 31 de octubre de 1822 en Roa, retirándose azorado al convento de las Claras de Lerma<sup>30</sup>.

La *Merinada* situó a los ex-guerrilleros realistas en las Mambblas, Lerma, Covarrubias, Arauzo de Miel, Tejada o Pinilla Trasmonte. Merino debió hacer frente común con otros eclesiásticos de mayor categoría como el arzobispo de Burgos y el obispo de Osma, los estigmas de *El ángel exterminador* estaban en curso. En la Seu d’Urgell habían instituido la *Regencia Suprema de España durante la cautividad de Fernando VII*.

Sabemos también que *El Empecinado* homenajeó en Villalar a los comuneros de Castilla el 24 de

septiembre de 1821 –en el tercer centenario de su derrota– y hasta organizó cuestaciones populares y comisiones de expertos militares para intentar localizar los restos mortales de los líderes castellanos degollados en 1521<sup>31</sup>. Hernández Girbal encuadraba a *El Empecinado* como miembro de una sociedad denominada *Comuneros* o *Hijos de Padilla*, nada que ver con la masonería que algunos han sugerido. Los *Comuneros* se reunían en sus locales o *torres*, frecuentando Juan Martín las de Zamora y Valladolid<sup>32</sup>. González Arranz llega a referirse a una *torre* presidida por *El Empecinado* en Nava de Roa cuyos libros y documentos emparedados, fueron localizados y requisados por Domingo Fuentenebro, que impidió su entrega al gobierno.

En mayo de 1822, se puso al frente de un cuerpo de 500 hombres para combatir a los realistas que campeaban por Castilla y donde militaban algunos de sus antiguos subordinados en la Guerra de la Independencia: Saturnino Abuín *el Manco*, José Mondedeu y Nicolás Isidro. Sufrió el revés de ver derrotado en Brihuega a Demetrio O’Daly el 24 de enero de 1823 frente al realista Jorge Bessières, si bien el mismo día *El Empecinado* había conseguido hacer frente con sólo 70 jinetes a los 1.500 soldados de Carlos Ulman que salieron huyendo. El 10 de febrero solicitaba al rey ser relevado en el mando de su columna.

Ante la inminencia de la llegada de los Cien Mil Hijos de San Luis dirigidos por el duque de Angulema a mediados de marzo de 1823, Juan Martín fue nombrado comandante en jefe de las columnas castellanas y en Valladolid se dedicó al entrenamiento de un ejército de urgencia que saldría a toda velocidad. Mientras tanto, Merino entraba en Valladolid eufórico, en la plaza mayor sus correligionarios destruían la lápida de la

<sup>30</sup> CODÓN, *op. cit.*, p. 86.

<sup>31</sup> El comandante de ingenieros Manuel de Tena y el teniente de infantería del regimiento de Vitoria Máximo Reinoso redactaron un informe a instancias de Juan Martín: *Expediente militar instructivo formado para la exhumación de los restos de los héroes castellanos Padilla, Bravo y Maldonado y copias de la orden, acta celebrada y decreto de aprobación*. Vid. HERNÁNDEZ GIRBAL, *op. cit.*, p. 482, un documento que debió resultar una farsa malintencionada, a juicio del autor, urdida por los realistas de la localidad vallisoletana autentificando los huesos de ¡vaya usted a saber quienes!

<sup>32</sup> HERNÁNDEZ GIRBAL, *op. cit.*, p. 472.

Constitución y en su lugar colocaban un retrato de Fernando VII<sup>33</sup>.

Juan Martín al mando de sus tropas combatió en Coria, siendo cercado por el cura Merino en La Moraleja (Salamanca) el 13 de junio, lograría romper el cerco y escapar hacia Ciudad Rodrigo. Con sus hombres ya mermados, recorrió Extremadura a la búsqueda de voluntarios e intentó infructuosamente la reconquista de Zamora. La situación de la milicia constitucionalista era penosa y Juan Martín optó por buscar refugio en la Sierra de Gata, intentó tomar Plasencia, donde cosechó un nuevo fracaso, si bien logró penetrar en Cáceres de forma abrupta.

El 26 de octubre se rendía el ejército constitucionalista de Extremadura y el 2 de noviembre, desde Alcántara, Juan Martín ordenaba a sus tropas el regreso a casa. El descorazonado guerrillero fue detenido por una partida realista raudense bajo las órdenes de Gregorio González Arranz en Nava de Roa (en realidad le habían prendido horas antes en Olmos de Duero) el 22 de noviembre de 1823. La pista para conseguir su detención se la proporcionó una carta de un preso liberal que días antes informaba a sus familiares que *El Empecinado* se prestaba a atacar Roa, la misma villa que durante la guerra había liberado de los franceses con la estrecha colaboración del cura Merino.

A partir de ahí, ya conocemos su triste final, amarrados sus brazos con una soga y conducido por González Arranz hasta Roa, humillado, vejado, calumniado y expuesto al escarnio público en el interior de una jaula, como animal de feria en la plaza, sufrió directamente la inquina de Fernando VII, quien nombró comisionado regio y juez especial para la causa contra *El Empecinado* a un antiguo enemigo del de Castrillo de Duero: el corregidor Fuentenebro, con quien había sostenido crudas disputas en una tertulia raudense años atrás.

Es de sobras conocido que los rollos de su proceso judicial desaparecieron, al igual que su hoja de servicios o el juicio para la concesión de la laureada de San Fernando<sup>34</sup>. La detención fue celebrada con un gran convite que costó más de 30.000 reales, con abundancia de pan y carne y una fuente de vino a caño suelto en la plaza que era abastecida por veinte hombres trasegando pellejos desde las cubas de las bodegas. Ese día, los voluntarios realistas de Roa estrenaron flaman-tes uniformes y armamento.

Ni el embajador de Inglaterra, ni O'Donnell ni la Real Chancillería de Valladolid pudieron evitar que Fernando VII recapitara sobre su inicial pretensión de ajusticiar a quien se había hecho acreedor de la laureada de San Fernando.

El 13 de junio de 1825 quedó sentenciada la causa, Fuentenebro obtuvo en Madrid el consentimiento real y el 10 de agosto Francisco Tado Calomarde, ministro de Gracia y Justicia, remitía a la chancillería vallisoletana la certificación de una sentencia que condenaba a Juan Martín a morir en el patíbulo.

Son también bien conocidas las últimas horas de la vida de *El Empecinado*, el 20 de agosto de 1825, tras recorrer a lomos de borrica el trecho que distaba entre el torreón utilizado como prisión y la plaza, antes de subir al cadalso, reventó las cadenas que lo aprisionaban, abalanzándose sobre el ayudante del batallón para prender su espada sin conseguirlo, no pudo abrirse paso hasta la colegiata raudense para hacerse merecedor de la protección que gozaba un ámbito eclesial, fue asesinado a bayonetazos por el cuerpo de guardia. Su cuerpo sin vida fue colgado en la horca donde permaneció toda la noche. González Arranz aporta otra versión de los hechos, Juan Martín fue colgado con vida y en sus estertores arrojó una alpargata a doscientos pasos del patíbulo, el relato del

<sup>33</sup> MARTÍNEZ, *op. cit.*, p. 276.

<sup>34</sup> CASSINELLO, *op. cit.*, p. 9.

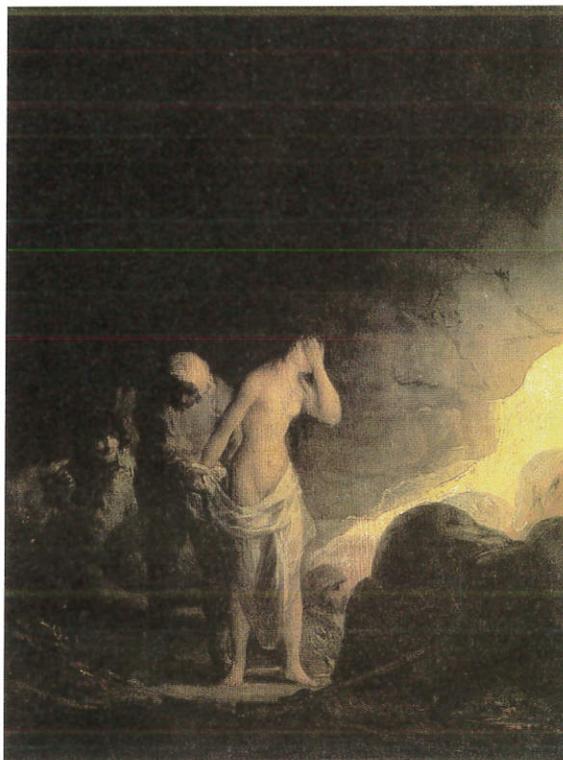
alcalde nos deja espeluznados por su frialdad, sin duda creía cumplir con su deber.

Los sacerdotes intentaron auxiliar su alma pero Juan Martín no estaba para semejantes entregas y fray Ramón se dirigió al público gritando: “-¡No recéis por este perverso, que muere condenado!. La gente horrorizada, exclamó: -¡Quitadle pronto la vida!”. De la misma narración se desprende que fue enterrado en el camposanto raudense bajo treinta carros de tierra y piedra<sup>35</sup>.

Con Riego, Fernando VII obró de similar guisa, capturado en Jaén, fue ahorcado en la madrileña plaza de la Cebada el 7 de noviembre de 1823.

Las memorias del alcalde de Roa, publicadas originalmente por Lazo en 1935 gracias al manuscrito inédito que le proporcionó el conde de Mafra, merecen un afinado estudio crítico e incluso psicoanalítico. Se da demasiados aires, se jacta de ser justo, honrado, íntegro, aunque no desdeña cualquier coerción, intriga, asesinato o traición con el fin de cumplir sus objetivos. Parece como si llegando al ocaso de su vida, quisiera llevar un sólido *memorandum* de sus actos para presentarlo como pliego de descargo ante el tribunal que en el más allá habría de juzgarle.

Jerónimo Merino dominó sobre buena parte de la provincia de Burgos durante la Guerra de la Independencia. Nacido en Villoviado en 1769 en el seno de una familia campesina, cursó estudios eclesiásticos hasta ser nombrado párroco de su pueblo natal, actividad que debió compaginar con el cuidado de su rebaño de ovejas, profundo conocedor del terreno y la naturaleza inmediata, oteador indiscutible y hábil cazador comenzó a hostigar a los franceses tras que estos le obligaran a servir como porteador de los instrumentos musicales



Francisco de Goya y Lucientes. “Brigante desnudando a una mujer” (ca. 1808). Óleo sobre lienzo. 0,41 x 0,32 m. Colección del marqués de la Romana (Madrid).

de la banda de un regimiento que se dirigía desde Villoviado a la plaza mayor de Lerma, o al menos eso indicaron biógrafos como Ontañón<sup>36</sup>. Una razón tan de opereta que no parece de peso, otros como Codón creen que la violación sufrida por una hermana menor de Merino le inclinó definitivamente a meterse en la guerrilla.

Para Ontañón, el cura era el perfecto “hombrecillo insignificante”<sup>37</sup>, alguien que hubiera pasado inadvertido en condiciones normales. Asumió una postura providencial: “El hombre puede perdonar, pero el sacerdote, no, porque no se pertenece; porque tiene la alta investidura del ministro de Dios, porque no es un hombre: es el representan-

<sup>35</sup> LAZO, *op. cit.*, pp. 50-57.

<sup>36</sup> DE ONTAÑÓN, *op. cit.*, pp. 52-53; LOVETT, *op. cit.*, pp. 260-261.

<sup>37</sup> DE ONTAÑÓN, *op. cit.*, p. 54.

te de Cristo sobre la tierra”. Y así pasó al monte, empleando las armas de la tortuosa geografía castellana desparramada a ambos lados del camino real de Madrid a Burgos. Cosechó sus primeras lides entre Villalmanzo y Cilleruelo, y pasando después hacia las Mambblas, Hontoria del Pinar y la Sierra, donde le fueron llegando voluntarios desde la Ribera, Solarana, Salas y Lerma, muchos de ellos arrieros, pastores y leñadores, contando con la colaboración de Benito Taberner, abad de Lerma y que llegaría a ser obispo de Solsona, los monjes de Arlanza y de Silos, los canónigos de Covarrubias y muchos ermitaños y curas del entorno.

Comandante de la partida de voluntarios de Castilla la Vieja y condecorado con la Cruz Roja, fue ascendido a capitán de infantería por la Junta Suprema el 6 de enero de 1809. Controló a placer la ruta Burgos-Valladolid. Estando en Peral, obtuvo información sobre un convoy galo compuesto por 118 carros cargados de pólvora, bombas y municiones que capturó a fines de julio de 1809 en Quintana del Puente ante la estupefacción del general Roquet y el mariscal Kellermann que se encontraban con sus tropas a la altura de Villodrigo y Torquemada. Arrojó el cuantioso material bélico al Arlanza<sup>38</sup>. El mismo año que planificó otros ataques en Villalmanzo, Santa María del Campo, Pampliega y Lerma.

Nombrado teniente coronel por la Junta Suprema de Sevilla en 1810, actuará en Dueñas, Villaciervos, Torralba, Hontoria, la tierra de Pinares, Almazán, Rubena y Villafría, pasando en 1811 a la ciudad de Burgos, la zona del Arlanza y las comarcas segovianas con el regimiento de Húsares de Burgos. Junto a *El Empecinado*, colaboraría en la toma de Roa, villa que sería asaltada por los franceses dos años más tarde, el 15 de abril de 1813, cuando fue saqueada la colegiata.

El 6 de agosto de 1812 Gabriel de Mendizábal le ascenderá a brigadier de caballería, colaborando con Wellington en la abortada toma del castillo de Burgos, poco después alcanzaría el rango de general de brigada. Al año siguiente, ya integrado en el ejército regular, colabora en numerosas refriegas en Cubo de Bureba, Poza de la Sal, Roa, la batalla de Vitoria y la liberación de Navarra, consiguiendo finalmente rendir el hornabeque del castillo de Burgos, poco antes que los franceses volaran la fortaleza.

Que matara a disgustos a su madre o que diera muerte a dos de sus hermanos parecen datos difíciles de probar, sobre todo si tenemos en cuenta que fueron historias difundidas por los liberales españoles exiliados en Toulouse en 1833 y que sentían muy profundamente no haber ganado a Merino para el bando constitucionalista.

Al terminar la guerra fue nombrado gobernador militar de Burgos (desde julio de 1813 a la primavera de 1814), no debió hacer muchas migas con el gobernador civil enviado a la ciudad por “el gobierno liberalizante” que calificó Codón, pues Merino no era partidario de derogar la Inquisición. Desde Burgos pasó a Madrid y a la ya referida canonjía valenciana concedida por Fernando VII, allí el capitán general le impondría la laureada y la gran cruz de Carlos III. Poco le duró su mullida silla valenciana, regresando a Villoviado e iniciando roces cada vez más fuertes con los liberales.

Desde Cogolludo organizó una partida de más de 1.000 hombres que se dirigió a Lerma. En sus biografías abundan los tópicos, nadie le discutió el valor, ni la astucia, ni el desprecio por el dinero, nadie su fortaleza ni su condenación del pillaje. Él era su propio informante, consejero y general, aunque su red de espías y confidentes fuera muy

<sup>38</sup> Alfredo OLLERO DE LA TORRE, “La Guerra de la Independencia y la crisis del Antiguo Régimen en Palencia”, en *Historia de Palencia. II. Edades Moderna y Contemporánea*, Palencia, 1984. p. 161.

denza y Malumbres no dudara en calificar a Merino como “aborto de la honradez castellana”<sup>39</sup>.

Nunca consiguieron prenderle, ni en Hontoria ni el castillo de Colina ni en Roa. Pero tampoco nadie le hizo émulo de pasiones religiosas, de hecho nunca se caracterizó por su amor a las gentes de iglesia y en cambio gozó del respeto más reverencial por parte de los campesinos de las tierras de Lerma. De aquí arranca el mito de los curas *trabucaires* que tantas ínfulas y argumentos dieron a los anticlericales hispanos desde las guerras carlistas a la guerra civil de 1936-39.

Merino se echó al monte con el triunfo de los liberales en 1820, convirtiendo el valle del Arlanza en una especie de jurisdicción personal donde cobraba tributos y atacaba correos —como hiciera durante la Guerra de la Independencia— en el camino real de Madrid a Burgos, planteando serios problemas a las autoridades nacionales. En Burgos arcabucearían a Dámaso Vicente y darían garrote a otros tradicionalistas partidarios de Merino como fray Mauro en diciembre de 1821, si bien la respuesta realista fue igualmente violenta. Pero los constitucionalistas burgaleses estuvieron siempre en franca minoría.

En 1833 Merino se sublevaba, adhiriéndose a la causa de Carlos V, agrupó los batallones realistas de Aranda y Roa en La Ventosilla el 15 de octubre, desde donde marcharían a Arauzo de Miel y Huerta del Rey (donde se agruparon 20 batallones carlistas), a lo largo de 1837 sostienen refriegas en Retuerta, Barbadillo, Nebreda, Huerta del Rey y Salas.

Las fuerzas de Merino avanzarían hacia Villafranca Montes de Oca y las tierras de Álava, Juan Manuel de Valmaseda, jefe de la caballería, junto a Hilarión Abad y el canónigo Barrios fueron sus subalternos. Por entonces ya era mariscal

de campo, y tras obtener un rotundo fracaso, marcharía hacia Portugal acompañado del alcalde raudense González Arranz, terminando sus días como teniente general del ejército carlista y acompañando al exilio al rey frustrado, fallecería con 77 años en Alençon (L'Orne) en 1844.

Durante toda la Guerra de la Independencia el ejército francés sufrió de permanente inseguridad, especialmente agravada por guerrilleros como Merino y *El Empecinado*, capaces de descolocar completamente a las pertrechadas infantería, artillería y caballería francesas que se veían atacadas por sorpresa, los guerrilleros eran una suerte de fantasmas que, surgidos de las tinieblas, a ellas regresaban tras provocar crueles escabechinas.

Para la guerrilla, las cosas irían cambiando a medida que avanzara el curso de la Guerra de la Independencia y empezara a consolidarse un nacionalismo popular de tipo emocional que juzgaba al invasor como vil saqueador, ateo y anticristiano. Los tradicionalistas vieron en Napoleón la encarnación del amenazante progreso y hasta del ateísmo revolucionario, aunque algunos aristócratas y ciertos elementos del clero le consideraran como un verdadero restaurador de la religión y el orden<sup>40</sup>. Pero desde un punto de vista estrictamente popular, Napoleón era la síntesis de todos los males. Y desde los pulpitos, el clero contribuía a reforzar este sentimiento condensado en la arenga del “Dios, patria y rey”, aunque al acabar la contienda, de la original guerrilla surgirían versiones absolutistas y liberales.

La guerrilla contó con una fuerte colaboración popular, sustrayéndose inicialmente de la jerarquía militar, incorporó pautas de conducta propias del campesinado. Dirigida por jefes naturales, caudillos natos dirían algunos, manifestaban fuertes vínculos familiares y personales entre los miembros de la partida, firme fidelidad sostenida por la

<sup>39</sup> MALUMBRES, *op. cit.*, pp. 14-17.

<sup>40</sup> Pierre VILAR, *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España*, Barcelona, 1982. p. 198.



Francisco de Goya y Lucientes. "Fusilamiento en un campo de batalla", (s.d). Óleo sobre lienzo. 0,32 x 0,58 m. Colección del marqués de la Romana (Madrid).

amistad y un profundo elogio del valor personal<sup>41</sup>. Y quizás habría que ver en este argumento el éxito de la misma, pero también el fracaso de ulteriores trayectorias, cuando las proclamas de índole política, constitucionalistas o absolutistas, sonaban al campesinado como cantos de sirena.

La poco escrupulosa escuela guerrillera afirmó entre sus miembros un cierto sentimiento de combate social y legitimidad bandolera, haciendo que partisanos armados, confidentes y vecindarios implicados vivieran fuera de la ley, contribuyendo a enarbolar su propia idiosincrasia y encumbrando la insubordinación, que a lo largo de todo el siglo XIX, sería patrimonio nacional de carlistas y liberales radicales<sup>42</sup>.

Se ha dicho que la Guerra de la Independencia fue un "campo de aprendizaje de *rebeldía colectiva*, que con horizontes políticos e ideológicos, no sólo

dispareos sino contradictorios, caracterizaría formas de respuesta social a lo largo de todo el siglo XIX. Se compaginarán tanto *aspiraciones de cambio* como de *resistencia a las transformaciones*<sup>43</sup>. Pero la España de 1814 era un país cuyas estructuras y mentalidades estaban todavía demasiado ancladas en el Antiguo Régimen.

La insurrección del 2 de mayo de 1808 agrupó a todos, los apegados al comunitarismo tradicional y los afectos al liberalismo burgués inspirados en las ideas de libertad, patria y soberanía nacional que habían nacido con la revolución francesa (los partidarios de Floridablanca o Jovellanos en oposición a Godoy), hubo guerrilleros tradicionalistas como Merino y otros que terminarían siendo jefes liberales como *El Empecinado* y Espoz y Mina.

Para Pierre Vilar existen otras razones psicológicas que nos acercaría a la evidencia de un país

<sup>41</sup> Ángel BAHAMONDE y Jesús A. MARTÍNEZ, *Historia de España. Siglo XIX*, Madrid, 1994. p. 38.

<sup>42</sup> Queda apuntado en CARR, *op. cit.*, p. 117.

<sup>43</sup> BAHAMONDE y MARTÍNEZ, *op. cit.*, p. 38.

dividido entre una élite de espíritu avanzado y una masa ignorante comandada por los monjes, argumento tradicional de la historiografía gala. Las clases populares fueron las primeras en ejercer la violencia contra los franceses, criticando de paso a las autoridades establecidas y tomando ventaja sobre las minorías dominantes. Durante los primeros días de insurgencia, el nombramiento de las juntas iría acompañado de matanzas de autoridades, aunque las masas terminarían por dejar la situación en manos de los “jefes naturales”: nobleza, clero y rey<sup>44</sup>.

El propio *Empecinado* dirigiendo una carta al general Hugo desde Cogolludo el 8 de diciembre de 1810 para rechazar enérgicamente el ofrecimiento de pasarse a Napoleón, revela que entre los motivos que le empujaron a luchar contra el francés se encontraban conceptos tan vagos como fuerza, constancia, energía, patria, honor, religión, fe y fidelidad, nada que ver con causas ideológicas que años después se esgrimieron a la hora de configurar el modelo de nación.

A juicio de los liberales, Merino veía como verdaderos enemigos a los josefinos y cuando entró en España el duque de Angulema desistió de reconocer la regencia de Urgel, sintiéndose molesto con una nueva intervención francesa, en este caso, a favor de Fernando VII. Los conservadores apostillaron que durante la Guerra de la Independencia la nación había luchado en el nombre de Dios, el rey y la patria contra cualquier contaminación revolucionaria. Desde otra perspectiva, los liberales consideraban la cesura 1808-1814 como un apéndice más en la cadena de revoluciones burguesas que se habían venido sucediendo en Europa occidental y las dos Américas. Al final, con notorias excepciones, la visión nacionalista y conservadora terminaría imponiéndose, no sin antes consolidar descerebrados estereotipos como el esgrimido por Ángel Ganivet cuando afirmaba que los españoles éramos los mejores guerreros pero los peores soldados, definitivo de un pueblo cuya psicología resultaba individualista a ultranza<sup>45</sup>.

<sup>44</sup> VILAR, *op. cit.*, pp. 198-202.

<sup>45</sup> TONE, *op. cit.*, pp. 23-27.